

DE LITERATURA Y OTROS ASUNTOS



Brindis

Laura López Argoitia Tenía tiempo para acudir a la cita, pero de cualquier modo caminé rápidamente porque él se anticipaba siempre a la hora convenida. Al pasar por una calle utilizada como basurero, percibí una caja de zapatos con un feto adentro. Reprimí un escalofrío y seguí de largo sin detenerme.

La imagen me persiguió todo el camino, por más que intenté liberarme de ella. Me hubiera gustado distraerme con lo que la calle me ofrecía, pero nada resultaba suficiente: el feto acurrucado en una caja vieja parecía ser lo único que existía en mi mente, en los corazones, en las avenidas, en la ciudad. Como si la vida entera quedara reducida al hecho de que alguien había abandonado en un basurero a ese pequeño pedacito de ser.

Con esta sensación devastadora, finalmente llegué al lugar de nuestro encuentro. De inmediato llamaron mi atención los olivos en flor que se desplegaban majestuosos en el huerto que había ahí. Eran una maravilla extasiante y no sé

cuánto tiempo me perdí contemplándolos, sumida en el silencio más profundo jamás escuchado por humano alguno. Me imaginé que estaba muerta. “Los frutos pueden comprarse –pensé–, pero ¿quién puede comprar todo un huerto de árboles en flor?”

–Eso es de Kurosawa –escuché, y alcé la vista buscando la voz. Él estaba de pie en la orilla de la barda que cercaba el huerto. Al percatarse de mi extrañamiento volvió a hablar:

–Lo de que quién puede comprar un huerto en flor lo dicen en una película de Kurosawa, el director japonés.

Me encogí de hombros en señal de que no tenía importancia quién lo hubiera dicho, y no me asombró que él hubiera adivinado mis pensamientos. Lo fundamental eran las flores. Existían. Brillaban. Ojalá todos los hombres pudieran contemplar aquellos brotes de luz.

Se inclinó para ayudarme a subir a la barda, que no era muy alta. Tenía allí una botella de vino tinto y una copa pequeña,

sencilla y firme. Nos sentamos colgando los pies hacia el exterior, dando la espalda a los olivos. Se extendía ante nosotros un llano ilimitado, hermoso, lleno de murmullos que galopaban hasta nuestro rostro.

Me dijo que teníamos que brindar, sin razón alguna, pero había que brindar. No vi cuando llenó el cáliz pues estaba absorta en la imagen que ofrecía la planicie, pero escuché con nitidez el sonido del líquido cayendo en el cristal. Me extendió la copa y la bebí hasta el fondo.

–Ahora te sirvo yo –le dije, pero cuando tomé la botella noté que estaba sellada, sin rastros de haber sido abierta—. ¿Qué me diste de beber? –pregunté alarmada.

–Te di la vida –murmuró con cierto esfuerzo. La sangre brotaba aún de sus muñecas y su cuerpo cayó al huerto, donde terminó de desangrarse. Al verlo así no sentí dolor, sólo melancolía... ¿Yo también habría dado mi vida por resucitar a alguien?